

CANTO SEGUNDO.

SUMARIO.

Colón en el Golfo de Génova rumbo al puerto de Palos.—Ansiedad por llegar á Granada.—Zoraida en el Estrecho de Gibraltar.—Nuevas preocupaciones de Colón—Resolución de no pensar más en ellas.—Su alegría al acercarse al puerto deseado.—Su llegada.—El Convento de Santa María de la Rábida. Fray Juan Pérez de Marchena.—Fausta noticia que da á Colón.—Regocijo de éste.—Cuenta á Fray Pérez de Marchena su sueño y la explicación que de él recibió de modo prodigioso.—Ambos amigos se dirigen á Santa Fe.—Rendición de Granada. Boabdil en el patio de los Leones de la Alhambra.—Entrada triunfal de los Reyes Católicos en Granada.—Boabdil les entrega las llaves de la Ciudad.—La Reina toma á su cargo la expedición.

I

La luna en conjunción, cuando del cielo
Se reveló el designio misterioso,
Había desgarrado el negro velo
A un cuarto de su disco esplendoroso;
Y ya Colón no pisa el patrio suelo,
Sino que en frágil barco el mar undoso,
Por llegar á Illiberis anhelando,
Va con ardor insólito surcando.

II

Del paternal hogar la sacra llama
 Su filial corazón entibió apenas,
 Cuando más que la gloria y que la fama
 Y sus nobles empresas y faenas,
 Lo sacaron del nido que tanto ama
 Las órdenes altísimas y buenas
 Del que, al obrar sus maravillas, quiere
 Que el hombre en ellas ande y coopere.

III

El Céfitro soplaba suavemente
 Hacia donde lo arrastra su deseo,
 En las alas llevando diligente
 La hinchada vela: en rápido rodeo,
 Si pasa cerca de la costa ardiente,
 O en larga diagonal, si al blando oreo
 Tanto de la ribera se retira,
 Que sólo abismos de agua y cielo mira.

VI

Brilla un sol y otro sol, y busca en vano
 La tierra con la vista indagadora,
 La tierra que le tenderá la mano
 Y á la que en cambio tornará señora
 De un mundo, de cien razas soberano
 Que plata y oro y perlas atesora;
 Y verla en parda nube le parece
 Que sube al horizonte y mengua y crece.

V

Quisiera con la rápida presteza
 Del pensamiento caminar, ó al menos
 Del rayo con la rauda ligereza
 Cuando cae estallando en roncós truenos.
 Infinita calcula la grandeza
 Del Golfo Genovés, hondos sus senos,
 Mas no pierde, aunque ve que poco avanza,
 De salvar sus confines la esperanza.

VI

Engolfado en el líquido desierto
 Piensa, pues dudar suele todavía,
 Si lo que en sueños vió y oyó despierto
 Será de una exaltada fantasía
 Mentirosa quimera, ó hecho cierto
 Que fiel la historia escribirá algún día;
 Mas hoy las graves dudas en que abunda
 No hacen vacilar su fe profunda.

VII

Firme en ella prosigue su derrota
 Con venturosa marcha, pero tarda,
 Cuando del barco entre las jarcias nota
 De súbito un ruido que no aguarda,
 Y produce al pasar una gaviota
 Que, ya cansada de volar, gallarda
 En la lona se busca sombra amiga
 Y en el mástil descanso á su fatiga.

VIII

Tiende ávido los ojos, y saluda
 Con júbilo el Estrecho que divide
 La culta Europa de la Libia ruda
 Por el punto que espacio menor mide,
 Y cuyo diestro lado Calpe escuda,
 Mientras el otro amparo á Avila pide,
Djebel-Tarif, hoy Gibraltar llamado
 Por errores de labio no enseñado.

IX

Inclinado hacia el Austro nevegaba,
 Y pudo ver donde la playa empieza
 Y la cumbre en que se alza la Alcazaba,
 A Zoraida gentil, reina en belleza,
 Pero de amor infortunada esclava,
 Que, al divisar la nave, de tristeza
 Con voces que un mar á otro repetía,
 A la tripulación así decía:

X

“Tened piedad de mí que amando vivo
 Lejos de aquel que forma mi ventura,
 O que muero más bien, pues no recibo
 De sus ojos la luz serena y pura.
 Yo lo amé, y á mi amor nunca fué esquivo,
 Pues consagróme toda su ternura.
 Este es el crimen y el monstruoso yerro
 Por que él sufre cadenas, yo destierro.”

XI

“Si amais y habeis amado como yo amo,
 Y comprendéis de amor las ansias santas,
 Arrojad una tabla á mi reclamo
 De las muchas que pisan vuestras plantas,
 Para cruzar el cristalino tramo
 Y dejar estas ásperas gargantas,
 Y ver, aunque entre bélicos furores,
 En Granada al amor de mis amores.”

XII

Esto oyeron no más los tripulantes,
 Sin moverse á piedad ninguno de ellos.
 Solamente Colón de los amantes
 Unir quisiera dóciles los cuellos
 Y sus sensibles almas anhelantes.
 Mas no rige la nave..... y ve que bellos
 Sus pensamientos desvanecen ahora
 Las últimas palabras de la mora.

XIII

Haciéndole volver ellas la vista
 De la árabe gentil sobre sí mismo:
 “Guerra en Granada,” dice, y se contrista;
 El valor castellano, el heroísmo
 Aragonés la tierra aun no conquista
 Que mancha con su rito el islamismo.
 ¿Cómo encontrar allí reyes cristianos?
 Mi visión y mi sueño fueron vanos.

XIV

Si Dios no le mandara de su gracia
 Un rayo y de su luz una centella,
 Se viera ya en la última desgracia,
 Extinto el sol de su esperanza bella;
 Y de la envidia que jamás se sacia
 De agenos males, á la voz aquella
 De que es un visionario, un pobre loco,
 Diera de autoridad peso no poco.

XV

Sabe bien que tenaz el sarraceno
 La ciudad ocupaba y defendía
 Contra el brío español con bravo seno;
 Y vió en un tiempo cuando Dios quería
 Que esa guerra fué parte en el sereno
 Animo de Isabel, para que el día
 Que le confió su inspiración ó idea,
 Al punto no dijese "que ella sea."

XVI

Y de entonces acá nueva ninguna
 Ha abultado la fama, ni corrido
 De que á los hijos de la Media Luna
 Hayan los hijos de la Cruz vencido,
 Mas de que luchan con igual fortuna.
 Sin embargo las sombras del olvido
 Todo esto le ocultaban en su daño,
 Para que vea en la verdad engaño.

XVII

Apreciara mejor en su ansia viva
 No encontrar á su idea fundamento,
 Que bregar con la dura alternativa
 Con que brega momento por momento,
 Ya creyendo que sombra fugitiva
 Persigue, ya con sano entendimiento
 Pensando y anunciando con la boca
 Que bella realidad su mano toca.

XVIII

¡Cuán débil es el hombre, cuán finito,
 Llámese ingenio ó sólo inteligencia,
 Cuando de su razón al flébil grito
 Quiere rendir el alma y la conciencia:
 Ora convierta la verdad en mito,
 Ora preste á la fábula existencia,
 Sin lograr encontrar aquella lumbre
 Que trae la paz y da la certidumbre!

XIX

Si descubre una ley, si algo se explica
 De los misterios de que está cercado,
 Es cuando humilde un hecho certifica
 Supuesto muchas veces ó ignorado,
 Pues la verdad que así honra y glorifica
 Se muestra al que supuesta la ha adorado,
 Y un rayo de su luz oculta asoma,
 Y la hipótesis pasa á ser axioma.

XX

Descubre manchas en el sol más puro
Y nubes en la más serena esfera.
Cuando mira más claro, y más seguro
Y más firme su juicio considera,
A sus ojos se corre velo obscuro,
Y por su mente pasa una quimera
O realidad tal vez que á confusiones
Reduce las más ciertas opiniones.

XXI

Se resuelve Colón, desesperado
De hallar fijeza en la razón tan varia,
A no pensar ya más, como ha pensado,
En la revelación extraordinaria.
Si no es engendro suyo lo soñado,
Ni lo oído invención imaginaria,
Al cabo cumplimiento tendrá todo,
Aunque ignore los términos y el modo.

XXII

Esta resignación sublime inspira
Una dulce quietud á su alma ardiente;
Y sobre la onda azul de un mar sin ira
Se deja conducir suavemente.
Así el cisne del lago, si se mira
En un río de rápida corriente,
Cansado de bogar contra ella, al hilo
De su curso abandónase tranquilo.

XXIII

Entre sombras y luces alternando
Cada vez más su nave á las regiones
Que desea tocar lo va acercando;
Están cerca los sólidos Crestones
De la Onoba y el Puerto venerando,
Que célebre ha de ser en las naciones;
Pronto en él entrará y allí la fama
Y la amistad reanimarán su llama.

XXIV

Ya la graciosa estrella que preside
Con brillo igual el vario nacimiento
De la luz y las sombras, y que mide
Y marca en los espacios el momento
En que el cristiano alaba á Dios, y pide
De su cuerpo y espíritu el sustento,
Luce dó acaba el sol su diario giro
Cual rubí engastado en un zafiro.

XXV

Lo que tarda en su rápida carrera
En trasladarse al contrapuesto lado
Del horizonte, donde reverbera
Por el camino cóncavo trazado,
Entre Ocaso y Nadir y Orto, en la esfera,
Esto el náuta glorioso, destinado
A la misión más alta que fué y haya
Tardará en arribar á feliz playa.

XXVI

Así fué. Breve noche su fragata
 Vió pasar por el éter incoloro
 Y amanecer el sol con lumbre grata,
 Derramando en los montes polvos de oro,
 Y en los mares de púrpura y de plata;
 Y de aljófares líquido tesoro
 En los campos, do tienen sus regalos
 Los vecinos pacíficos de Palos.

XXVII

En gran silencio y soledad la nave
 Deja, y toma la playa pues la gente,
 Moradora del Puerto, del suave
 Lecho el halago postrimer aun siente;
 Menos empero la matrona grave
 Que se dirige al templo reverente,
 Y el pescador alegre que á la orilla
 Va con su red en pos de la barquilla.

XXVIII

No se atreve á llamar á puerta alguna,
 Aunque muchas al golpe de su mano
 Se abrirían gozosas una á una,
 Pues tiene bien sabido de antemano
 Que su presencia en ellas no importuna.
 En esto escucha el retifir lejano
 De sagrado metal, cuyo sonido
 Le es grato y familiar y conocido.

XXIX

No lejos, á una milla, entre el misterio
 De soledad selvática se eleva
 Poético, un antiguo Monasterio,
 De los Santos de Dios casa de prueba;
 De los que tuvo el mundo en cautiverio
 Refugio, que la paz á su alma lleva;
 De penitencia y oración santuario,
 De libertad precioso relicario.

XXX

Es el Convento aquel, Santa María
 De la Rábida; en él tiene sus lares
 Un Monje franciscano á quien se fía
 La guardia de su claustro y sus altares.
 Grande en ciencia, y más grande todavía
 En virtud. Clara luz de estos lugares,
 Logró sus brillos difundir serena,
 En la Corte, Juan Pérez de Marchena.

XXXI

Amigo de Colón, de los amigos
 Que traducen en obras sus afectos
 Siendo de su verdad solos testigos;
 Él comprendió, al oírlos, sus proyectos,
 Y contra numerosos enemigos,
 Al nuevo pensamiento desafectos,
 Lo defendió sin ira y sin encono,
 Y los favores le buscó del trono.

XXXII

No ha mucho que al amigo de su lado
 Vió partir sumergido en amargura,
 Porque después de haber solicitado
 Se le diera el auxilio que asegura
 De su empresa el suceso fortunado,
 Por la segunda vez de España dura
 Repulsa recibió; y al verlo triste,
 En trabajar por su demanda insiste.

XXXIII

Esto y lo que alcanzó, Colón ignora
 Hoy que vuelve á la Rábida, y camina
 A hacer á la amistad concedora
 De la visión fantástica ó divina;
 A la sazón el buen Guardián explora
 Dónde enviarle la nueva peregrina
 Que habrá de retornarle la esperanza,
 Pues dónde el Genio está no se le alcanza.

XXXIV

Así pensaba, cuando de imprevisto
 Oye rumor de pasos golpeando
 Del quieto claustro en el marmóreo piso
 Y en las bóvedas áureas resonando.
 La realidad de lo que ve indeciso
 Lo suspende..... mas es el rostro blando,
 Grave, tranquilo y plácido del hombre
 Cuya gloria procura y alto nombre.

XXXV

“Bien venido seáis, con un estrecho
 Abrazo saludándolo, le dice;
 Vais á saber lo que por vos he hecho.
 Al cabo vuestra empresa Dios bendice
 Según presentimientos de mi pecho,
 Que alguna vez el corazón predice.
 Así comprendo los sucesos raros
 En que fui parte y voy á relataros.”

XXXVI

“Pareciéndome duro ver perdida
 Una empresa de tal magnificencia
 Que abre á la fe región desconocida,
 Y nuevos horizontes á la ciencia,
 Después de vuestro adiós de despedida,
 Resolví ir yo mismo á la presencia
 De la real pareja. Monumentos
 Hay que requieren viles instrumentos.”

XXXVII

“Llegué y obtuve señalada gracia,
 No sé con qué palabras poderosas
 En persuasión y llenas de eficacia,
 A no inspirado labio trabajosas.
 Los reyes, olvidando la rehacia
 Opinón escolar, quieren las cosas
 Que anunciais, otra vez traer á examen
 Y someterlas á mejor dictamen